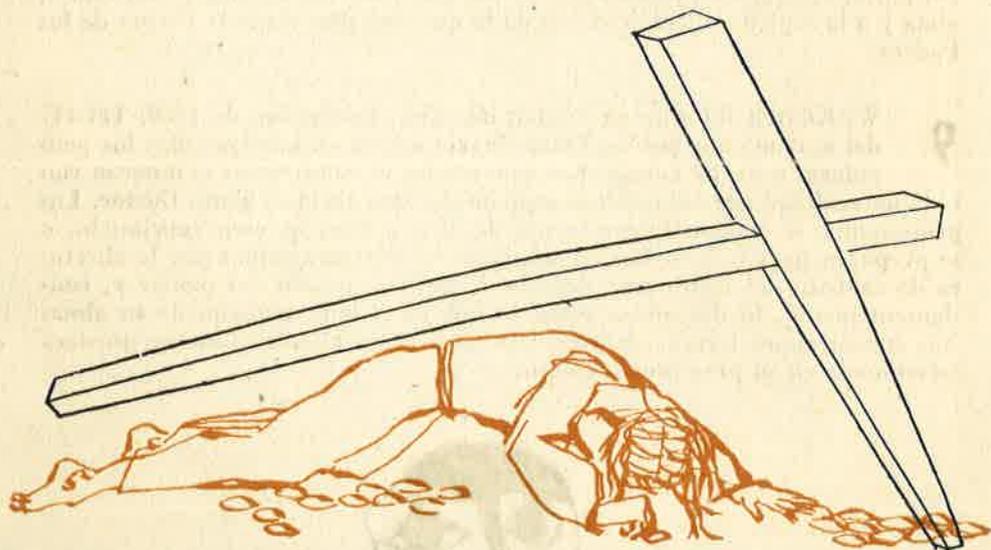


# Actas de Mártires

**L**OS mártires fueron siempre una de las más preciadas glorias de cada iglesia local. En cuanto un cristiano era perseguido por la fe, los fieles de su Comunidad lo visitaban en la cárcel y le mostraban su veneración. Cuando consumaba el heroico sacrificio, los fieles se apresuraban a recoger su cuerpo glorioso para darle sepultura y venerar cada año su memoria. Por eso, en los calendarios de las iglesias se anotaban diligentemente, junto al nombre del mártir, el día y el lugar de la sepultura.

Las iglesias se comunicaban mutuamente con orgullo las noticias de sus mártires. En las conmemoraciones de éstos se leían a veces las narraciones de los martirios, escritas por testigos oculares; no rara vez el proceso ante el juez se describía a base del mismo documento oficial, tomado taquigráficamente en el juicio.

Así han llegado hasta nosotros algunas de estas Pasiones históricas, conmovedoras en su naturalidad sublime. Hoy ofrecemos un extracto de la de los santos mártires españoles, Fructuoso, obispo de Tarragona, y Augurio y Eulogio, diáconos. El martirio tuvo lugar en el mes de enero del año 259, en la persecución de Valeriano y Galieno. El lector podrá advertir por sí solo las características de las Actas de mártires auténticas: sobriedad, naturalidad del diálogo, precisión histórica, firmeza, humildad y nobleza de los mártires



NUEVO Y VIEJO

*Añadimos a continuación unas palabras de S. Agustín tomadas del sermón 273, pronunciado en la fiesta de estos santos mártires, casi dos siglos después del martirio. Son una muestra de la veneración con que el Santo obispo de Hipona leía y comentaba estas Actas a sus fieles .*

Estaba ya acostado el obispo Fructuoso cuando se dirigieron a su domicilio los soldados "beneficiarios" Aurelio, Festucio, Elio, Plencio y Máximo. Al oír sus pasos, Fructuoso se levantó y salió a la puerta en zapatillas. Los soldados le dijeron :

—Ven; el presidente reclama tu presencia y la de tus diáconos.

El obispo Fructuoso respondió :

—Vámp; si me lo permitís me calzo primero.

Le respondieron los soldados :

—Cálzate tranquilamente.

Apenas llegaron, los metieron en la cárcel...

Estuvieron en la cárcel seis días; el doce de las calendas de febrero (21 de enero), viernes, fueron conducidos ante el tribunal.

El presidente Emiliano dijo :

—Introducíd al obispo Fructuoso y a Eulogio y Augurio.

Se responde desde el tribunal :

—Aquí están.

Emiliano, el presidente, dijo a Fructuoso obispo : —¿Sabes lo que han ordenado los emperadores?

Fructuoso : —No sé qué es lo que han mandado. De todas formas, yo soy cristiano.

Emiliano : —Han ordenado que se adore a los dioses.

Fructuoso : —Yo adoro a un solo Dios, el que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos hay.

Emiliano : —¿Sabes que existen dioses?

Fructuoso : —No sé que existan.

Emiliano : —Ya lo sabrás.

El obispo Fructuoso alzó su mirada al Señor y comenzó a orar en su interior.

Emiliano : —¿Qué va a quedar de obediencia, de respeto y de veneración, si no se adora a los dioses y no se venera a los emperadores?

A continuación Emiliano se dirige al diácono Augurio : —No hagas caso a Fructuoso.

Augurio responde : —Yo adoro a Dios omnipotente.

Emiliano se vuelve al diácono Eulogio : —¿Tú también adoras a Fructuoso?

Eulogio : —No adoro a Fructuoso, sino al que Fructuoso adora.

Emiliano a Fructuoso : —¿Eres obispo?

Fructuoso : —Soy obispo.

Emiliano : —Lo fuiste.

Y dió sentencia de que fuesen quemados vivos.

.....

En el camino al suplicio, movidos por fraterna caridad, muchos le ofrecían bebida. Les respondió Fructuoso : "Todavía no es la hora de rom-

per el ayuno". En efecto, era aún temprano; en la misma cárcel el miércoles habían observado solemnemente la estación y ahora, en el viernes, se apresuraba alegre y seguro a terminar definitivamente el ayuno en unión de los mártires y profetas en el Paraíso que el Señor tiene preparado a los que le aman.

En cuanto llegaron al anfiteatro, se le acercó llorando su Lector, Augustal, y le pidió que le permitiese descalzarle. Le responde el bienaventurado mártir: —“Déjalo hijo, yo mismo me descalzo”, fuerte y alegre y cierto de la promesa del Señor.

Se descalza y a continuación se le acerca nuestro hermano Félix para cogerle la mano derecha y rogarle que se acuerde de él. El santo Fructuoso con clara voz, que todos oyen, le responde: —Tengo que acordarme de toda la Iglesia católica, extendida de Oriente a Occidente.

.....

Las llamas quemaron las ataduras de sus manos y entonces ,acordándose de la oración divina y de su habitual costumbre, llenos de alegría, puestos de rodillas, seguros de la resurrección, constituidos en signo del trofeo del Señor, oraban al Señor hasta el momento de entregar sus almas.

.....

Y recibió el Señor a sus mártires en la paz por su buen testimonio. A El el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

\* \* \*

“Cuando oimos cómo padecieron los mártires, nos alegramos y glorificamos en ellos a Dios y no sentimos que hayan sufrido el martirio. Y por cierto, si no hubieran muerto por Cristo, ¿acaso hubieran vivido hasta hoy? ¿Por qué no podía hacer la confesión de la fe lo que hubiera hecho la enfermedad? Habeis oido los interrogatorios de los perseguidores, habeis oido las respuestas de los confesores, cuando se leía el martirio de estos santos. Entre otras cosas ¿qué decir de aquello de San Fructuoso obispo? Como uno le dijera y le pidiera que se acordara de él y rogara por él, respondió el santo: —Yo tengo que orar por la Iglesia católica, extendida de Oriente a Occidente”.

Y, en efecto, ¿quién es capaz de orar por cada individuo en particular? Pero no se olvida de ninguno el que ora por todos. A ninguno de los miembros descuida aquel cuya oración se difunde por todo el cuerpo. ¿Qué os parece, pues, que quiso advertir el mártir a quien le pedía que rogara por él? ¿Qué pensais? Sin duda alguna lo entendeis. Yo solamente os lo quiero recordar. Aquel le pedía que rogara por él. —Yo, le contesta, ruego por la Iglesia católica, extendida de Oriente a Occidente. Tú, si quieres que por tí ore, no te apartes de aquélla por quien yo pido.

¿Y qué diremos de aquello otro del santo diácono que sufrió y fue coronado juntamente con su obispo? El juez le dijo: —¿Acaso tú también adoras a Fructuoso? Y él: —Yo no adoro a Fructuoso, sino al mismo Dios a quien adora Fructuoso. En lo que nos advirtió que honremos a los mártires y con los mártires adoremos a Dios.

(“*Actas de los Mártires*”, DANIEL RUIZ BUENO. B.A.C., pg. 788 a 794. Sermón 273 de S. Agustín. Ibid. pág. 795 y 796. Introducción al texto, Manuel Sotomayor S. J.)